

*Manuel Ignacio Pérez Alonso,  
historiador jesuita'  
(1917-2007)*

MARÍA CRISTINA TORALES PACHECO  
Departamento de Historia/UIA

**M**anuel Ignacio Pérez Alonso, historiador jesuita, rector y fundador de la escuela de historia de la Universidad Iberoamericana, falleció el 31 de julio de 2007, día de san Ignacio, a los 90 años,<sup>2</sup> apenas unos días después de haber celebrado el 60 aniversario de su ordenación sacerdotal<sup>3</sup> y a unos meses de que se cumplieron 75 años de su ingreso a la Compañía de Jesús.<sup>4</sup>

Al decir que Manuel Ignacio Pérez Alonso fue historiador, hay que añadir, de inmediato, historiador jesuita, pues en su ejercicio de historiar sobresalieron su esmerada formación en el humanismo cristiano y su orientación a la universalidad. Contó con sólidas bases filosóficas y teológicas en sus intentos de comprender las ideas y los procesos teleológicos, rasgos que han distinguido la práctica historiográfica de su Corporación. Escritor de concepcio-

<sup>1</sup> La primera versión de este texto se expuso en un homenaje en vida que la Asociación de Archivos y Bibliotecas Privadas organizó al doctor Pérez Alonso el 24 de febrero de 2000.

<sup>2</sup> Nació en Managua, Nicaragua, el 21 de diciembre de 1916.

<sup>3</sup> El 24 de julio de 1947 se ordenó sacerdote en la Universidad de Comillas, España.

<sup>4</sup> Ingresó al noviciado de Ysleta College, en El Paso, Texas, el 15 de mayo de 1932.

nes amplias, rebasó las fronteras nacionales y los intereses localistas, privilegios de muchos historiadores contemporáneos a él que respondieron a las motivaciones del México posrevolucionario –urgido de una historia nacional– y se orientaron sobre todo a formular las historias nacionales de corte político-jurídico.

No obstante el incremento reciente de instituciones de enseñanza superior dedicadas a formar y profesionalizar a los historiadores, nuestro gremio aún es pequeño y podemos identificar a sus miembros por su quehacer cotidiano, por las corrientes teórico-metodológicas a que se adscriben, por sus actitudes o bien por sus funciones académicas prioritarias. Hace unos años, en su artículo “Los cien mil historiadores”, don Luis González hizo una radiografía de ellos.<sup>5</sup> Aquí sólo quisiera añadir que, a diferencia de lo que tal autor expresó, en ese grupo de académicos no sólo deben figurar quienes plasman en numerosos impresos el resultado de sus investigaciones, pues hay historiadores brillantes y didácticos, como Pérez Alonso, que escribieron poco y que, sin embargo, con sus contados escritos y sus cátedras contribuyeron a conformar conciencias e identidades, así como a despertar y cultivar incontables vocaciones por el estudio de la historia.

Poco común resulta encontrar a un historiador multifacético como lo fue el doctor Pérez Alonso, ya que en él se manifestaron todas las “prendas individuales” que Luis González y González exigía de sus homólogos: “sabiduría enciclopédica, experiencia múltiple (viajes, lecturas y varios idiomas), sentimiento, espíritu de veracidad, perspectiva adecuada, conciencia de pertenecer a una tradición rica en frutos, buenas dosis de raciocinio, imaginación, perseverancia y modales refinados”.<sup>6</sup>

Por su carácter, personalidad y profesionalismo, podemos calificar al padre Pérez Alonso como historiador jesuita y universi-

<sup>5</sup> Luis González, *El oficio del historiar*, México, El Colegio de Michoacán, 1988, p. 19.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 41.

tario versátil: maestro, investigador, divulgador y empresario de la cultura, además de diplomático –faceta que se nos escapa a veces a quienes lo conocimos y lo tratamos en México–, pues no ha de olvidarse que por mucho tiempo fue representante del gobierno de Nicaragua, su país natal. De investigar su trayectoria en tal campo habrán de ocuparse sus coterráneos. Aquí sólo conviene decir que, a fines de 2006, el presidente de aquella nación centroamericana, durante una estancia en México, lo condecoró como Caballero de la Orden de Rubén Darío, el más significativo reconocimiento conferido por el Estado nicaragüense a quien se distingue por sus aportaciones a la nación y a la humanidad.

Al historiador no es posible desprenderlo del Pérez Alonso rector de la UIA, director del Archivo Histórico de la Provincia Mexicana y guía espiritual de múltiples generaciones de jóvenes estadounidenses, nicaragüenses y mexicanos.<sup>7</sup> Sin embargo, debo limitarme ahora a describir su vocación, formación y oficio como historiador, a comentar sus textos sobre historia y a ponderar las empresas que acometió en aras de formar un legado para los historiadores por venir. Vuelvo a citar, aunque en otros escritos ya lo he hecho, una frase de Cicerón que él mismo eligió para definir sus tareas universitarias. Se refirió así al tratado *De senectute*: “... plantó árboles que habían de aprovechar a otra generación”.<sup>8</sup> Esta afirmación del legado clásico nos revela a un Pérez Alonso con una perspectiva profunda de la vida y una extrema generosidad inspirada en su convicción cristiana. Como lo expresé a propósito de sus tareas como rector, él “sembró un bosque que hemos visto crecer y cuya sombra hemos disfrutado múltiples generaciones”, y debo añadir aquí que tal obra fructuosa se extiende hasta beneficiar a los historiadores contemporáneos en pleno nuevo milenio.

<sup>7</sup> Sobre su trayectoria en la UIA, véase María Cristina Torales, “Manuel Ignacio Pérez Alonso, historiador jesuita, rector de nuestra Universidad de 1957 a 1961”, en *Comunidad Ibero*, núm. 35, México, UIA, 20 de agosto de 2007, pp. 6-7.

<sup>8</sup> Palabras del doctor Manuel Ignacio Pérez Alonso, S.J., en *Doctorado Honoris Causa, 1993*.

¿Cómo surge la vocación del historiador? Pérez Alonso nació y creció entre libros, como frecuentemente lo afirmaba él mismo. Su padre, médico en la ciudad de Managua, contaba a principios del siglo xx con una magnífica biblioteca. Para un niño inquieto y curioso, residente en una ciudad de unos cuantos miles de habitantes, provista de escasos centros de educación y de estudio, ¡qué condición privilegiada la de disponer de la biblioteca de un facultativo en la que sólo 20% de los libros correspondían a las ciencias de la salud, pues en su acervo figuraban la *Enciclopedia Espasa-Calpe* y abundantes volúmenes de literatura, historia y geografía universal y americana! Para el padre Pérez Alonso, entre esos textos tuvieron particular atractivo los dedicados a Asia (China, Japón e India, en especial) y al leerlos albergó la ilusión de verse algún día como misionero jesuita en esos lejanos lugares. En la biblioteca descrita, llevó a cabo sus primeras investigaciones. No puedo dejar de anotar aquí que, cuando apenas tenía siete años, encontró curioso el nombre de Epaminondas que el profesor había mencionado en la escuela y así lo expresó a su familia en la sobremesa. Acto seguido, su padre lo dirigió a la ya mencionada *Enciclopedia Espasa-Calpe* para que conociera a ese personaje. Las líneas donde se describe al valiente defensor de Tebas fueron las primeras que leyó sobre la antigüedad clásica.

A los 16 años, el futuro padre Pérez Alonso ingresó a la Compañía de Jesús y se incorporó a la generación mexicana más brillante de jesuitas universitarios del siglo xx formados en Ysleta College, Nuevo México.<sup>9</sup> Con agudeza y audacia, y con la convicción de que la Compañía debía asumir entre sus objetivos la enseñanza superior en México, el padre José de Jesús Martínez Aguirre, entonces provincial (1945-1951), alentó a los jóvenes jesuitas de esa época a realizar estudios especiales en distintos campos del conocimiento y en prestigias universidades extranjeras. El padre

<sup>9</sup> El 15 de mayo de 1932 ingresó al noviciado en Ysleta College en El Paso, Texas.

Pérez Alonso, entonces como integrante de la Provincia jesuita de Castilla, acudió a España a realizar los estudios de teología al tiempo en que a los mexicanos los enviaron a Estados Unidos y Europa. En ese proyecto hay que mencionar a los hermanos Luis y Carlos Hernández Prieto, el primero químico y el segundo ingeniero físico; Ramón Gómez Arias, psicólogo; Ernesto Meneses, psicólogo educativo; José Sánchez Villaseñor y Felipe Pardinás, quienes emprendieron en Roma sus estudios de grado, aunque el inicio de la Segunda Guerra Mundial los obligó a regresar a México y se graduaron en la UNAM, para después colaborar en la UIA con Pérez Alonso durante su gestión como rector de ella. Todos fueron pilares invaluable de esa casa de estudios. Tres de ellos, como rectores, habrían de continuar y consolidar la obra universitaria iniciada por los padres Martínez Silva, Jaime Castiello, Enrique Torroella y Julio Vértiz.<sup>10</sup> A ellos les correspondió organizar la transformación de un simple conjunto de escuelas profesionales en toda una Universidad provista de un *ideario* y una *prospectiva* de vanguardia que sentaron las bases del Sistema de Educación Superior de la Compañía de Jesús en México, importante referente para el programa jesuita en América Latina.

En Ysleta, Pérez Alonso adquirió interés por conocer la historia de la Compañía. Aunque nuestras preferencias en el estudio de la historia son elecciones muy personales, nos es dado identificar algunos factores decisivos en la vocación y en la formación históricas de Pérez Alonso, así como en la determinación de su principal motivo de estudio: los jesuitas americanos en el exilio. Al respecto, fue decisiva su cercanía con dos historiadores: el maestro de novicios Francisco Zambrano, autor de los 16 volúmenes del *Diccionario bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, y Gérard Décorme, de origen francés y autor de innumerables trabajos inéditos, aunque también de textos publicados entre los que

<sup>10</sup> Manuel Ignacio Pérez Alonso en 1956-1961, Carlos Hernández Prieto en 1961-1967 y Ernesto Meneses en 1967-1977.

sobresale *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial (1572-1767)*.

En esa época, Pérez Alonso, nombrado bibliotecario del noviciado, dedicó sus horas libres a la lectura de las abundantes vidas de santos y jesuitas, únicos textos de historia en el acervo bajo su custodia. Había acudido a Ysleta “para santificarse y no para ver documentos de historia”, le advirtió expresamente el padre Zambrano. No obstante, al concluir su primera etapa de formación,<sup>11</sup> Pérez Alonso había resuelto estudiar historia en Gonzaga University, prácticamente al mismo tiempo que realizaba su licenciatura y su maestría en filosofía en Mount Saint Michel, Spokane, Washington.

Concluida la Segunda Guerra Mundial y también sus primeros estudios, Pérez Alonso atravesó el Atlántico para realizar sus estudios de teología en Oña y en Comillas, España.<sup>12</sup> Compañero de formación ahí fue Carmelo Oñate, quien, al igual que aquél, ha combinado su vocación de jesuita con la de historiador, aunque ha preferido indagar sobre los jesuitas y las matemáticas. También de la misma generación fue Juan Plazaola, reconocido historiador del arte con quien Pérez Alonso se reencontró en México hace unos diez años, pues aquél dedicó sus últimos veranos a impartir cursos de arte sacro en universidades y museos mexicanos.

Nuestro historiador, al tiempo que se ordenaba sacerdote y profesaba sus votos como coadjutor espiritual,<sup>13</sup> aprovechó la estancia en Europa de 1945 a 1951 para recorrer los más importantes fondos documentales ubicados en las principales capitales y reunió numerosos textos y libros relativos a la historia de Cen-

<sup>11</sup> El 20 de mayo de 1934 pronunció sus votos del bienio y en el periodo 1934-1937 llevó a cabo el juniorado también en Ysleta.

<sup>12</sup> En Oña, el doctor Pérez Alonso redactó su tesis de licenciatura en historia titulada “La enseñanza en las universidades del siglo xii”.

<sup>13</sup> El 24 de julio de 1947 fue ordenado sacerdote en la Pontificia Universidad de Comillas, Santander. El 2 de febrero de 1950 celebró sus votos como coadjutor espiritual en Roma.

troamérica en general y en particular de la Compañía de Jesús. Los diarios sobre sus pesquisas en archivos y bibliotecas europeos fueron transcritos y revisados por él en sus últimos años, con el deseo de conformar su legado para la escritura de la historia sobre la Compañía de Jesús en México.

Habiendo proyectado regresar a su lugar de origen, Nicaragua, e imaginando su futuro en las tareas propias de los jesuitas y como historiador de su primera patria, ¡qué gozo para él iniciarse en la investigación en los principales archivos europeos e incursionar en los principales acervos de la Compañía de Jesús en Bolonia y en Roma, donde se le reconoció como investigador del Instituto Histórico (1949)! En el verano de 1949, pese a múltiples carencias propias de la época de la posguerra, acudió al *Public Record Office* en Londres. En esa ciudad, con sus escasos ahorros, adquirió los primeros volúmenes con que formaría su biblioteca centroamericana. En cuanto a la historia de Hispanoamérica, investigó en el Archivo General de Indias en Sevilla y el Histórico Nacional de Madrid (1950-1951).<sup>14</sup>

A su regreso a Estados Unidos, ingresó en la Universidad de Georgetown en calidad de director espiritual y aprovechó su estadía ahí para obtener el doctorado en historia en 1953.<sup>15</sup> Entre sus mentores debemos recordar aquí a los doctores Charles Tansill, investigador de historia diplomática; Tibor Kerekes, director del Departamento de Historia Moderna, y Joseph Durkin, estudioso de la historia norteamericana.

Reconocido en la mencionada casa de estudios por sus conocimientos sobre la historia de España y las instituciones iberoamericanas, fue consultor de los funcionarios del gobierno de Estados Unidos en las gestiones mediante las cuales ese país y España

<sup>14</sup> Carlos Molina Argüello, "Misiones nicaragüenses en archivos europeos", en *Misiones americanas en los archivos europeos*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia-Comisión de Historia, 1957, pp. 47-54.

<sup>15</sup> De 1951 a 1956 fue director espiritual en la Universidad de Georgetown y de 1954 a 1956, profesor en la Escuela de Diplomacia.

restablecieron sus relaciones. Estas intervenciones en la historia diplomática estadounidense lo llevaron a dedicar su disertación doctoral, titulada “War Mission in the Caribbean”, al estudio del diario que Francisco de Saavedra, comisionado del rey de España en América durante la guerra contra Inglaterra, escribió entre 1780 y 1783.<sup>16</sup> Este documento ha sido considerado por la historiografía estadounidense fundamental para dilucidar la sustantiva colaboración hispánica en la independencia de la antigua colonia inglesa. Apenas hace unos años el gobierno estadounidense hizo público reconocimiento a su homólogo español por su invaluable participación en ese proceso.

Doctorado y catedrático en la Escuela de Diplomacia de Georgetown y en el Institute of Languages and Linguistics de Washington, Pérez Alonso restituyó los vínculos con sus compañeros mexicanos de generación, algunos de los cuales habían retornado a la Ciudad de México para trabajar en la UIA. En 1956, ellos lo propusieron como rector de esa casa de estudios y con tal cargo dio inicio a su trayectoria intelectual al servicio de la enseñanza superior en México. Aunque siempre ligado a la labor educativa, Pérez Alonso cumplió también su vocación de historiador.

Como historiador de tradición humanista, Pérez Alonso logró con acierto relacionar el ejercicio de las tres principales encomiendas de un académico universitario: la docencia, la investigación y la difusión, logro poco frecuente en nuestro gremio.

En Nicaragua y en México, acometió la tarea de crear instituciones que logran un efecto multiplicador. Así, como rector de la UIA, abrió en 1957 la Escuela de Historia y fue su primer director. Concluida su gestión como rector y luego de formar parte de la primera generación de historiadores formada en ese estable-

<sup>16</sup> Recientemente se publicó en Nicaragua con el título *Misión de guerra en el Caribe. Diario de don Francisco de Saavedra, 1780-1783*, Managua, Fundación Vida, 2004 (Colección Cultural de Centro América. Serie Tesis Doctorales, 2), 430 pp.

cimiento educativo, regresó a Nicaragua, donde fundó el Instituto de Estudios Centroamericanos con el mismo propósito: el de formar historiadores comprometidos con su país. Al igual que lo hizo con la UIA, donó numerosas colecciones documentales sobre Nicaragua y, además, su Biblioteca Centroamericana.<sup>17</sup>

De la trayectoria de Pérez Alonso como difusor de la historia, debemos al menos citar que en varias ocasiones se hizo cargo de magnas exposiciones de documentos históricos que preparó rigurosamente. Recordemos aquí tres de ellas: *Autógrafos de artistas y escritores*,<sup>18</sup> *La escritura a través de la historia*<sup>19</sup> y la *La Biblia en la historia*.<sup>20</sup> Evoquemos también las espléndidas muestras que organizó sobre los jesuitas de México: la primera, en 1978, con motivo del 35 aniversario de la UIA;<sup>21</sup> la de *Francisco Xavier Clavigero: 1731-1787*,<sup>22</sup> y la que se expuso en el excolegio de San Ildefonso con motivo del año ignaciano. Sin duda alguna, la reconciliación de México con 300 años de su historia y la revaloración de la cultura virreinal en el discurso y en las acciones del Estado mexicano deben mucho a la labor difusora del doctor Pérez Alonso, quien realizó su aporte mediante una discreta y callada labor como asesor del Museo Nacional de Virreinato, como miembro fundador de la Sociedad de Amigos del Museo de Tepozotlán y como colaborador del proyecto de rescate arquitectónico de las antiguas misiones jesuitas en Baja California.

<sup>17</sup> Entre 1961 y 1962 se desarrolló como profesor y vice-rector de la Universidad Centroamericana en Managua, Nicaragua.

<sup>18</sup> Manuel Ignacio Pérez Alonso, *Catálogo de la exposición de autógrafos de escritores y artistas*, México, UIA, 1982, 24 pp.

<sup>19</sup> Manuel Ignacio Pérez Alonso, *Catálogo de la exposición "La escritura a través de la historia"*, México, UIA, 1983, 19 pp.

<sup>20</sup> Manuel Ignacio Pérez Alonso, *Catálogo de la exposición "La Biblia en la historia"*, México, UIA, 1984, 20 pp.

<sup>21</sup> Manuel Ignacio Pérez Alonso, *Los jesuitas en México: cuatro siglos de labor educativa (1572-1972)*, México, UIA, 1978, 18 pp.

<sup>22</sup> Manuel Ignacio Pérez Alonso, *Francisco Xavier Clavigero, 1731-1787*, México, UIA, 1987, 19 pp.

Pérez Alonso, designado director del Archivo Histórico de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús desde 1956, no sólo cuidó el legado que se le entregó, sino que lo incrementó con numerosas colecciones adquiridas en Europa, Estados Unidos, México y Chile.<sup>23</sup> No puedo dejar de mencionar aquí que no es común el historiador que selecciona, preserva y cataloga documentos para ofrecerlos a otros. Bien sabemos que abundan en nuestro gremio actitudes muy individualistas que llevan a los historiadores a pretender apropiarse de sus objetos de estudio, y no se diga de sus fuentes. En el doctor Pérez Alonso, por el contrario, sólo apreciamos su generosidad y su permanente disposición para orientar a quien le solicitaba apoyo y para compartir sus ideas y las magníficas colecciones bibliográficas y documentales que formó y protegió. Rara vez nos imaginamos los tiempos y recursos que destinó a seleccionar, reproducir y preservar el magnífico acervo que hoy día tiene la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús. Cientos o millares de horas dedicadas a revisar catálogos en archivos y en librerías de viejo le permitieron rescatar obras primas fundamentales para los jesuitas y para la historia de nuestra cultura. Un ejemplo magnífico de ello fue la adquisición de dos volúmenes del manuscrito original del *Diccionario de arquitectura mexicana* del padre Pedro Agustín Márquez. Pero de las pesquisas del doctor Pérez Alonso no sólo se nutrió el archivo de los jesuitas, pues, sorprendido gratamente por el impulso que ese repositorio brindaba a la investigación histórica y a los estudiantes de historia, luego donó asiduamente manuscritos y libros antiguos a la Biblioteca de la UIA.

La titánica labor de constructor de acervos históricos y sus exigentes tareas de educador y empresario de la cultura –esto último

<sup>23</sup> De una forma sistemática, entre 1968 y 1997 se dedicó a organizar el archivo y el museo de la Provincia Mexicana, combinando esas tareas con sus actividades pastorales en la iglesia de San Ignacio en la Ciudad de México. Hasta su muerte, la Compañía de Jesús lo reconoció como director del Archivo Histórico de la Provincia Mexicana.

en el mejor sentido de la expresión— lo obligaron a sacrificar su tiempo para la escritura de la historia, por lo que su producción historiográfica es escasa. No obstante, conviene aquí hacer referencia a ella.

Su singular modestia se reflejó en sus impresos, desde su tesis doctoral hasta el prólogo a la edición del manuscrito de Clavigero.<sup>24</sup> Ajeno a una actitud protagónica, acompañó los escritos de otros autores con breves, inteligentes y creativas e imaginativas introducciones que sin embargo no pretendían ahorrarle al lector el acercamiento a los testimonios del remoto pasado, pues los prolegómenos que escribió nuestro homenajeado son invitaciones y guías para penetrar en los autores, en sus textos, en su espacio y en su tiempo. En adición a ello, Pérez Alonso se expresó amplia y libremente en un segundo plano de sus producciones. Parecía que deseaba pasar inadvertido en sus ediciones críticas. Sin embargo, sus numerosas y vastas notas a pie de página nos revelan al historiador cuidadoso, sabio, riguroso científicamente y erudito que lleva de la mano a su lector por las instituciones iberoamericanas y las manifestaciones culturales de los actores que escapan del anonimato al quedar sus nombres consignados en los textos. Estas notas, por sí solas, podrían conformar verdaderos tratados sobre historia cultural de la América virreinal. En esta línea podemos ubicar la ya mencionada tesis doctoral de Pérez Alonso, la edición de un raro impreso del siglo XVIII, la obra de Pedro Ximena *Reales exequias por el señor don Carlos III rey de las Españas y Américas y real proclamación de su augusto hijo el señor d. Carlos IV por la muy noble y muy leal ciudad de Granada, provincia de Nicaragua*, reeditada en 1974, y las *Cartas a la procura de misiones* escritas por Eusebio Francisco Kino.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> Francisco Xavier Clavigero, *Historia antigua de México*, ed. facsimilar del manuscrito en castellano, México, Sociedad Mexicana de Bibliófilos, 1997.

<sup>25</sup> Impresas por la UIA en 1987.

Particular mención merece el interés de Pérez Alonso por lo que constituyó el principal motor de su investigación histórica: el estudio de la expulsión de la Compañía de Jesús y las expresiones intelectuales de los jesuitas en el exilio. Su breve ensayo *El destierro de los jesuitas mexicanos y la formación de la conciencia de la nacionalidad*, editado en múltiples ocasiones y frecuente objeto de lectura y análisis de estudiantes universitarios, es un apunte de su profundo conocimiento de la vida y la obra de los jesuitas que, añorantes de su tierra, orgullosos de su cultura y amantes apasionados de lo suyo escribieron verdaderos himnos patrios. No nos extraña que el doctor Pérez Alonso asumiera en este ensayo un concepto toral de nuestra historia: el de la identidad nacional. Él, nicaragüense de nacimiento y mexicano de corazón, nutrido con ricas experiencias en el extranjero desde que descubrió en la biblioteca de Ysleta la obra del expulso Rafael Landívar —como él, centroamericano unido a México por el lazo de la cultura hispánica—, la cual habría de orientar gran parte de su quehacer y su valoración de nuestras raíces hispánicas para encontrar en la obra de los jesuitas expulsados los rasgos de la identidad nacional que inspirarían la emancipación y la construcción de México como país independiente. ☒